

OCCIDENTE



Guillermo Lozano junto a los tres niños que estudian en Grandas. A la derecha, el barquero con el médico y la practicante.



Grandas: Una barca cada hora

Pénjamo y Villarpedre están unidos hace 40 años por una línea fluvial debido al embalse de Salime

Grandas de Salime,
Jorge JARDON

La comunicación fluvial entre Pénjamo y Villarpedre, en Grandas de Salime, sigue siendo uno de los hechos más insólitos y curiosos. Cuesta trabajo creer que la lancha siga siendo el medio normal de comunicación, casi el único posible, entre pueblos de un mismo concejo. La comunicación por carretera pasa obligatoriamente por el concejo de Pola de Allande, lo que supone una distancia, entre estos dos pueblos de 46 kilómetros.

Un barquero, pagado por Hidroeléctrica del Cantábrico, está permanentemente en una y otra orilla, según las horas programadas en cada una de ellas, dispuesto a transbordar a los transeúntes que quieran ir o venir. Un servicio gratuito, «por el que no me tienen ni que dar las gracias», dice el barquero, que funciona ininterrumpidamente durante doce horas al día.

El 90 por ciento, vacío

El médico, la practicante y los tres escolares del pueblo son viajeros constantes de la navegación por el Navia. Pero es también el medio de transporte de todos los vecinos y de todos los animales, ya que incluso los mulos van embarcados por sus dueños en la lancha, y hasta los cerdos, gallinas y toda la fauna animal de las casas de aldea. Según el lanchero, «no puedo negar a nadie que suba. Mi obligación es estar permanentemente de guardia, aunque el 90 por ciento de las veces tenga que hacer la ruta solo».

Guillermo Lozano lleva diez años prestando este servicio diario, pero antes hubo otros que le precedieron en el cargo, porque esta vía fluvial de comunicación tiene cuarenta años, tantos como el embalse de Salime. El progreso, tan ventajoso casi siempre, en este caso llevó la tragedia de la separación a los caseríos dispersos de esa zona del Navia.

La vieja carretera quedó cu-



Guillermo Lozano trabaja doce horas diarias, aunque siempre está expuesto a un horario «extra».

bierta por las aguas y, por aquel entonces, nadie obligó a construir un nuevo acceso ni a hacer cruzar un puente. El concejo de Grandas quedó dividido por el río y la lancha se convirtió en el único medio de acercamiento normal entre dos partes que fueron violentamente fragmentadas por las aguas.

Esto explica que sea la empresa constructora del embalse de Salime la que se haga cargo del servicio fluvial de viajeros. Hoy día, este servicio prácticamente sólo afecta a los veinte vecinos de Villarpedre, uno de los pueblos más ricos del concejo, que se ha visto privado de su antigua carretera y del puente de Salcedo, todo ello bajo las aguas del Navia. Los demás pueblos fueron quedando abandonados.

Guillermo Lozano, el barquero de «Pénjamo a Villarpedre», es un hombre escrupuloso de su cometido, que cumple a rajatabla. La suya no es una jornada

cómoda, puesto que comienza su navegación a las 7,30 de cada mañana desde Villarpedre, en la parte de allá. Este es el servicio más concurrido, ya que trae a tres pasajeros fijos: Los tres niños del pueblo que estudian en Grandas (Manolín Robledo, de 15 años, y los hermanos Lidia y Daniel Monteserín, de 13 y 8 años, respectivamente).

Pertrechados bajo sus paraguas, ya que la lancha no tiene cubierta, los tres niños no siempre disfrutan de una travesía confortable. El invierno es duro, las heladas y las lluvias son frecuentes, la brisa se hace insufrible siempre, las nieblas son asiduas, y los oleajes, temerosos.

La anchura del río es enorme, tal vez de 200 metros, y el trayecto se hace entre montañas que se superponen durante quince minutos, que es lo que tarda la lancha en recorrer el medio kilómetro que existe entre carretera y carretera. Una vez en la orilla,

subir a las casas de Villarpedre supone escalar una media hora por una pendiente «de infarto». A pesar de que los tres niños navegan dos veces al día por el Navia, ninguno, según confiesan, sabe nadar, lo que no les produce ningún temor. «En tantos años», exclama el barquero, «nunca me cayó nadie al agua. Sólo caí yo tres veces, pero por confiado».

Una vez en el desembarcadero de Pénjamo es preciso tomar un vehículo para llegar a Grandas, que dista a unos 7 kilómetros. El servicio de la lancha se repite cada hora. Comienza en la parte de allá, que es pueblo del barquero, a las 7,30, llega a Pénjamo, atraca a la orilla y vuelve para Villarpedre a las 8,30. Retorna otra vez a las 9,30, y así sucesivamente de hora en hora, hasta que llegan las 7 de la tarde, en que se hace el último viaje.

No obstante, cuando las circunstancias lo imponen, surgen también viajes «extra», cuando

se requiere la presencia del médico. Precisamente, la mañana del pasado martes, llegaban en la lancha, tres horas después de haber partido, el médico de Grandas, Eduardo Murias, y la practicante, Remedios Oliveira, que habían tenido que embarcar para visitar a un enfermo de Villarpedre. Ayer mismo, la telefonista del pueblo, Argentina Díaz, comentaba que hacía un momento que habían tenido que volver al pueblo. «Y menos mal que, además de vivir en esta incomunicación, el médico acude a visitarnos sin perder un sólo instante. Lo ideal sería tener un puente».

Nueva embarcación

Suele ir una vez a la semana a Grandas, de compras. Tiene que bajar desde su casa hasta la orilla del embalse, tomar la lancha, y cuando llega a Pénjamo, caminar los 7 kilómetros hasta Grandas. Al regreso, lo mismo.

Aunque la travesía se hace siguiendo la antigua carretera, es decir entre Pénjamo y Villarpedre, Guillermo Lozano ha de estar pendiente de los caseríos comunicados que dan al embalse, por si alguna persona reclama sus servicios.

Son los caseríos abandonados de La Curula, Penadrada y Río-deporto, en los cuales no vive nadie, pero en ocasiones se acercan hasta allí gente de otros pueblos para tomar la embarcación. «Si hay algún entierro, suele coger más gente la lancha. En ocasiones, suben hasta veinte personas a la vez, y he llegado a tener que hacer más de un viaje». Pero las más de las veces va solo y el aburrimiento, ahora que dejó de fumar, es enorme.

La única satisfacción que tendrán los vecinos de Villarpedre es que les pondrán una nueva lancha. La empresa compró una nueva embarcación y todos esperan que pronto se encuentre en el agua. Al menos, la nueva tendrá techo y no serán precisos los paraguas durante la travesía.